



EL TECOLOTE

HEMEROTECA NACIONAL
MEXICO

PERIODICO INDEPENDIENTE

Este periódico verá la luz cada vez que lo tenga por conveniente.

REDACTORES:
EL MURCIÉLAGO Y LA LECHUZA.

EXPENDIO.
Este pájaro se vende en el Portal de Mercaderes, alacena núm. 1.

El primer canto de "El Tecolote."

Nox erat.

Si, señores, era de noche y no entiendan ustedes por eso que en esa noche el sol brilló; no, fué la luna, pero una luna metida entre opacas nubes y alumbrando debilmente un derruido torreón que á cualquiera hubiera inspirado cierto terror supersticioso, si ese cualquiera hubiera acertado á pasar como nosotros por el lugar á que nos referimos.

Hemos dicho que la luna medio velada por densos nubarrones alumbraba un torreón semi-derruido; pero nos faltó añadir que nosotros nos hallábamos en una llanura muy próxima al torreón, y que temerosos de algo desconocido é inesperado, nos fuimos acercando paso á paso hacia aquellas ruinas sombrías.

Una media hora escasa habria pasado de nuestra permanencia en aquel solitario sitio, cuando vimos llegar á dos hombres que al parecer se recataban de ser vistos.

Si fuésemos á escribir una novela, y para ello tuviéramos dotes, narraríamos á nuestros lectores la manera como fueron llegando muchos hombres á aquellas ruinas, hasta reunirse cerca de unos doce; mas como no somos novelistas, diremos únicamente que cada uno de los que llegaba era recibido por una especie de atalaya que le pedia *santo y seña* para dejarlo penetrar al interior de uno que fué salón en otro tiempo, y que en la actualidad tenía por artesonado la bóveda celeste.

Escuriéndonos junto al muro, nos fuimos aproximando poco á poco hasta oscurecer las palabras que servían de introducción á los iniciados en aquella nueva masonería.

El que recibía pronunciaba estas palabras:
— "Estómago."

Y los que llegaban fueron contestando, unos "Reseleccion," otros "Regeneracion" y otros "Religion."

Los que pronunciaban esta última palabra estaban en minoría.

Reunidos nuestros iniciados, tomaron asiento sobre toscas piedras, y comenzó la discusión.

Juan.—El horizonte está negro.

El relámpago de la reeleccion es el único que podrá salvarnos.

Hilarion.—Señores, soy de la misma opinion que mi compañero; aunque el *Federalista* se ha burlado de mí postulándome para presidente de la República, no sabe lo que se pezea, pues acaso sea yo verdaderamente presidente sin serlo, pues de acuerdo con lo que dijo Richelieu: *vale mas ser amigo del ministro que el ministro*, y . . .

Tancredo.—Yo brindo por . . .

Ignacio.—Por Dios, D. Vicente, no estamos ahora en brándis; haga vd. un negocio alquilando el *Monitor*, así como yo he alquilado el *Siglo* por la millonésima vez y espere vd. resultados: á vd. lo que lo pierde, querido compañero, es su deseo de escribir, y luego en bárbaro.

Tancredo.—Lo habia vd. de hacer mejor que yo, D. Ignacio; acaso me parezo á vd. que pagó á Cuenca para que escribiera su biografía?

Ignacio.—En qué se metió vd. D. Vicente, yo no di un maravedí á Cuenca.

Tancredo.—Cierto, se lo quedó vd. á deber como yo hago con . . .

Jardon.—Paz, señores, paz: ¿cuál es la principal cuestion que hemos venido á discutir aquí?

— "Estómago," exclamaron todos unánimes.

Terracitas.—El rey! señores, pasó al rey!

Gochicoa.—Qué rey, ni qué oño cuartos, siempre se ha de poner vd. en ridiculo, Joaquinito; deje vd. de pensar como *mancebito* y hable como hombre aunque sea una vez solo: ¡ah! me hallara yo en el Congreso!

Emilio.—Señores, yo estaré por la reeleccion, siempre que D. Sebastian me satisfaga, y . . .

Hilarion.—Eso corre de mi cuenta; se le dará á vd. el Ministerio de Gobernacion.

Gochicoa.—Pobre papá Tano! Mejor, despues de todo me alegro; acaso Emilio separándose del *Siglo* no sea tan *agarrado* como papá Tano que me da tan poco para la Junta patriótica.

Terracitas (llorando).—Pero qué, justos no imploran una mirada cariñosa, benévola y hasta voluptuosa de D. Carlos? Ah! los reyes! si ustedes supieran. . . Cuando papá hacia reyes. . .

Jardon.—¿Tu papá hacia reyes, hijito?

Terracitas (enjugando el llanto).—Y cómo. . . mejores que los santos cristos de que habla el *Federalista*, pues al menos no salían como los guajolotes *pelados y colorados*, sino únicamente *pelones*.

Emilio.—Señores! perdemos el tiempo, y bien saben vdes. que yo soy de oposicion y tengo necesidad de escribir artículos muy vehementes é interminables, que el *Correo del Comercio*, mi eterno enemigo, se apresura á contestar. Además, mi compañero el poeta Rivera y Rio todavía no encuentra su epígrafe en inglés y yo debo marchar.

Juan.—No hable vd. de su poeta, compañero, porque recuerdo una de sus cuartetas.

Jardon.—¿Cuál de ellas, chatito?

Juan.—Chatito? Vd. se burla: decirme á mí chatito! . . . es como si yo le dijera á vd. en mi elevado estilo:

Mas blanco que los lampos de la luna.

Deshumbrante. . .

Gochicoa.—Alto! La cuarteta.

Juan.—Ah! sí, pues allá va.

No flores, la vida es triste

Y está colmada de tedio,

Si infornada naciste

Eso no tiene remedio.*

Emilio.—Mi compañero la va á poner por epígrafe á uno de sus artículos y en inglés.

Hilarion.—Mejor, así la entenderán solamente los ingleses.

Emilio.—Puede competir con los versos de Byron de: "Hay una vida, etc."

Ignacio.—Es uno de los mejores redactores de mi periódico alquilado por la millonésima vez.

Terracitas.—O con los de mi compañero Caravantes, el católico, apostólico y chino: aquellos de "Safiedad de raíz. . .

Tancredo.—Eso es hermoso, se parece á Castelar cuando dice. . .

Gochicoa.—Basta!

Tancredo.—No me imponga usted silencio que no soy Villalobos. . . la civilizacion, el progreso, los ferrocarriles, hoy da la noticia el *Monitor*.

Emilio.—¿Quién es Villalobos?

Jardon.—Un *fuéta* mexicano, como el dice, que cuenta la *triste historia de su vida*, y que redacta en medio de anuncios las *Manchas de aceite* que le caen en el estómago.

Ignacio.—¿Tiene hambre como nosotros?

Tancredo.—Hambre! Como nosotros? . . . Si ya revienta vd., D. Ignacio.

Jardon.—Señores! señores! hánme dicho que en estos lugares suele llegar el *Tecolote*.

Gochicoa.—No se alarmen ustedes, el *todos menos* solo en las casas ricas lo echan.

No bien acababa de pronunciar estas palabras el último de los iniciados que habló,

* Página 23 de "Luceros y Nubloens" del Sr. Rivera y Rio.